Juan Farias, la saudade del Mar

Xavier P. Docampo

«Un escritor se mide frente al mar»
Manuel Vicent

Conviene, y mucho, la frase de Vicent a Juan Farias, quien en 1985 escribía:

«Yo quería escribir un libro de aventuras en la mar.

Tenía algunas ideas y también recuerdos de cuando fui marinero en un barco de vela.

Compré algunas libretas y lápices.

Me fui a una aldea de pescadores, alquilé una casa cerca de la playa y empecé a escribir la aventura de un niño que se iba de polizón en un barco.» (*El guardián del silencio*)

El mar en la obra de JF es un mar desde la gente del mar. Es por eso que suele llamarle la mar. No es una obra de agua y olas como adorno de una literatura de cohetería, es una obra de agua salada, de marejadas, de carne humana.

Es un mar conocido, no se trata de un mar genérico, la mar océana, que decían los clásicos para referirse a todo el mar, no. Juan habla de un mar que está ahí, en las costas de su Galicia, más concretamente el del noroeste. Para tenerlo, Juan clava los pies en cualquier lugar de esa costa, la que va desde Punta Coitelada hasta Punta Miranda y, pasado el canal de la isla, traza un arco desde Sardiñeiro a la Punta de Camouco, para, así, acabar al abrigo de las ubernas del puerto Redes.

Los caminos de Juan son caminos de la beiramar entre tojeras y playas, para divisar con los ojos del alma rutas de sal y de aire, que convierten los corazones de los hombres una víscera muy especial, en aquéllos que llevan salitre en la sangre de sus venas.

JF también nos habla del mar que se ve desde tierra, un mar que se sueña, que se crea para con él construir la vida, porque son las historias las que insuflan verdad a la vida, las que hacen de ella un trayecto que se transita tantas veces en las alas de los sueños y de los pensamientos atravesados por los deseos más íntimos.

«Vieron la mar por primera vez y Andrés dijo:

–Es como una gran sorpresa. Tiene que estar lleno de historias que jamás ha contado nadie.

–Yo también he leído eso en algún libro–, dijo Marta.» (*El niño que vino en el viento*).

Un mar que está vivo, que tiene alma y siente:

«No mires así a la mar, rapaciña, que la enamoras.

Marola se puso colorada.

'Que sí', sonrió Pedro, 'que la mar no es cosa, que la mar es alguien y le gustan las pelirrojas.'» (*Los caminos de la luna*).

Un mar que es luz:

«La mar es de muchos colores y no se está quieta.» (*Un tiesto lleno de lápices*), o es la idealización infantil que lo convierte en escenario de un mundo de sueños y de fantasías:

«Pedro cogió su caja de colores, su cuaderno de dibujo y dibujó la mar.

Y en la mar dibujó un barco de vela.

Y en el barco, un capitán pirata, con una pata de palo y un loro encima del hombro, que perdía la paciencia porque no había enemigo a la vista.» (*Un cesto lleno de palabras*).

Pero también es lugar de trabajo y de sustento, el lugar en donde mueren las fantasías que lo idealizan:

«Empecé a dudar que hubiese piratas y ballenas, naufragios e islas desiertas.

Esos marineros no eran tipos raros, bebedores de ron, morenos y casi todos con el nombre de una mujer tatuado en el brazo.

Ninguno llevaba un aro en la oreja.

Ninguno decía:

'En Port Said espera por mí una bella mujer. Sus ojos son tan claros como las noches del desierto.'

Esos hombres de aquel barco, que eran seis si no contamos al capitán, sólo querían hacer algún dinero, volver a casa, tierra adentro, comprarse una vaca y esperar que pariese para así tener dos." (*El barco de los peregrinos*).

Un mar que es espejo del sufrimiento por la muerte, por la ausencia. Las mujeres, "viúvas de vivos e mortos", de los marineros que marchan cada jornada avisados por la muerte, la más grande de las ausencias, los aguardan cada puesta del sol:

«El paseo era largo, hasta la Roca de Verlas Venir, el sitio en donde las noches de galerna se reunían las mujeres a contar las, embarcaciones que habían ganado puerto y las, que aún faltaban.» (*El niño que vino con el viento*).

Y el mar, ese camino que conduce a todas partes, que tiene todas las direcciones de la Estrella de los Vientos (un nombre que parece inventado por Juan), porque los caminos del mar son caminos de viento, son veredas escritas por el aire en la superficie del mar, acabará por conducir todos los barcos a su varamiento. Juan Farias acomete esta circunstancia con la fuerza hercúlea de su fe literaria. Armado del instrumento de la poética del desamparo final, como un eco de la más bella poesía mística, nos va dibujando a los viejos marineros y a sus embarcaciones, varados ambos, a merced de los temporales que los van desarbolando lentamente y sin piedad, como un paraíso, no perdido, sino abandonado:

«La buceta en seco, en la arena, comenzó a morir.

Los barcos en seco mueren mal.

[...]

O Rapaciño, una mañana, ya comenzado el invierno, el día de san no sé qué, tomó un hacha, un puñado de castañas y algo de vino, bajó a la playa y deshizo la buceta, amontonó los pedazos, les puso fuego, y en las brasas asó las castañas, calentó el vino.» (*Gallego*).

Juan Farias nació y vive habitado por la memoria del mar, pero también habita el mar de las historias, que es como llamó Salman Rushdie al tan amado Harum Al-Rachid. Y si se me permite la licencia de autocitarme, escribí en algún lugar la historia de un rey al que se le había metido todo el mar en la cabeza, pero Juan Farias tiene su corazón anegado por el mar y en él caben los mares del planeta entero, que, como muy bien es sabido, confluyen todos en la ría de Ares.